CAPÍTULOS GRATUITOS

Touchdown

Ludmila M. Ramis

TOUCHDOWN

NovaCasa Editorial

Para aquellos solitarios que, al abrir un libro, dejan de serlo.

NOTAS DE BILL

OFENSIVA

Quarterback o mariscal de campo:

MÓC, vale (\Ve escvche. VV\ÍC¡ '(\c,t-\vcc io ..-.e.C, 'l \e COVV'IV'"i°'ve la. \v3ada a los de'M()S. Que *corra co'''* el loalém, SQ lo de a UV\ co,-ye.dO'(" *o* -.e.alie.e. v"' aSQ, i e.-.o°'ve. 1-,a'Ja al'Jo'

Half'cac\(lco..-ye.d oY): c.o-<..e '(QYQ° J a''Ya .. 'fOYdaC, 'l ..e.ci e. '?ac;e.c;

fVll'cac (co'c'Ye.do'f)·.

1oo¡ve.a '?a a. a '''.. '?a c;0 a' *ro '''e.o* de. arn a

Tight end (Ala cerrada):
Bloquea jugadas de carrera

Wide. -.e.ce.ive.-. (-.e.ce. -t-o-.)·.

iSi *'''o* .at.. a a los ase.s de.l °'va:rte.-.\oa \('i e.1M 1e.2a a *c.o....e.-. se.* 1as ve.-.a COV\1M1'Jo'

c.e.'''-t-e.-., Guad, offe.'''sive. -t-ac le. (C.e.'''t"o, GVa'fdia 'i tac \e. ofe.'''sivo)-. P-.ote.c f''' al qva-.te.-.'cac\('i **alc..e.'''** e.S acios a'<a e.l halflcac

DEFENSIVA

\....i'''e.lcac.\(-exs (a o'-jado-.e.S)·.

ïTa ''' los ¡..,ve.e.os 'i de...-.iloe.''', Se.Çío-.it as!

C.O'f '('cac (e.SC\VÍ 'fO}. c.vlcve.''' a loS *"e.ce.-t-o"e.s* las -ZOV\QS de. VV'la'io'' Q.li'J''o de. ase.

Oe.fe.'''sive. ta IQ., Oe.fe.'''sive. º:V\Ó nad 1e. Je.fe.'''s,vo 'i ala Je.f e.'','svm. · «òVSc.a''' lle. a" has-t-a e.l °''-t-aJo'' de.l alim. *c.o'''fo a'''* 1a lí'''e.a de.fe.'''siva

rre.e. safe. (P-.ofv'''do}. ¡Oe.t e.''''Ja''' al ataca'''ta aée.c; de. o.,ue. a'''ote. u''' 'TovchdoWv'I!

St..°'''°i safe. tP-.o{\JV\cio}. f ..e.'''a''' ía ca-...e.'<0 de. loS co..-.e.do..e.e; 'i cv'c-.Q.''' al Ala cQ.r,ada

Recordatorio: Hacer más salsa

NOTAS DE BILL

Touchdown: 6 puntos

Field goal: 3 puntos

Conversión de dos puntos: 2 puntos

Safety: 2 puntos

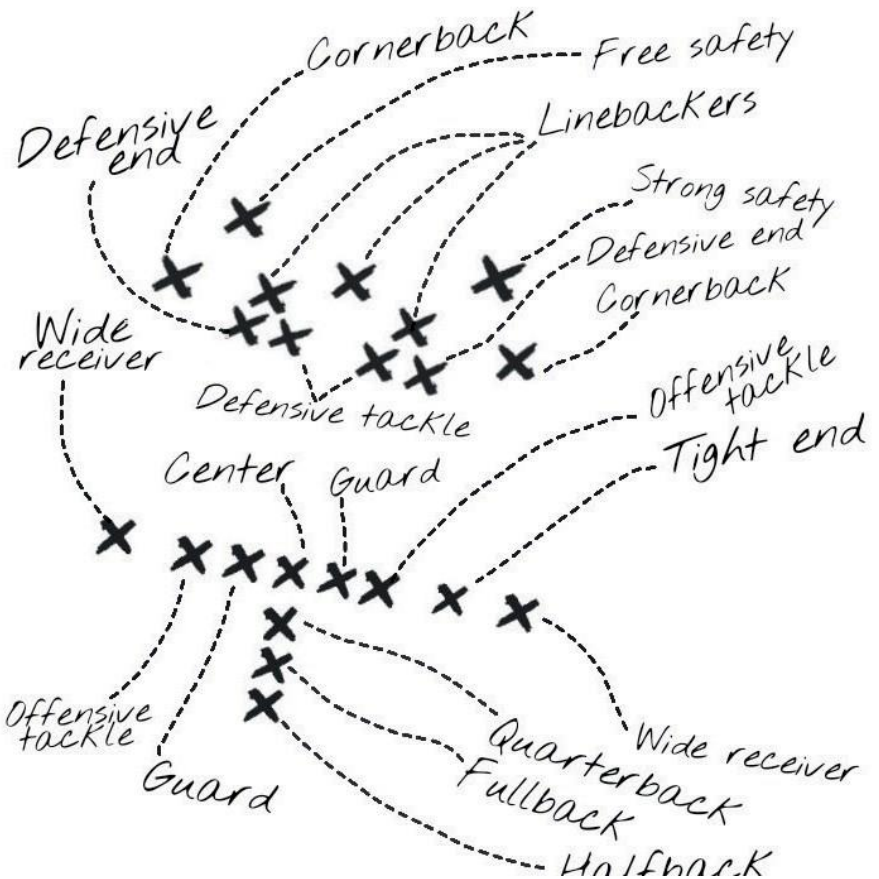
Punto extra: 1 punto

(Aclaración para los despistados y los Timbergs del mundo)

No olvidar:

- [ ] Comprar calcetines
- [ ] Saber de las actividades nocturnas de Kansas
- [x] Exteriorizar mi ira a gritos
- [x] Odiar a los VECINOS
- [ ] Ducharme (si tengo tiempo)

NOTAS DE BILL



Capítulo I

Vodka

Kansas

—Al fin prende esta mierda —murmuro para mí misma, antes de cerrar la puerta del Jeep.

Mi día va de mal en peor y es inevitable lanzar palabrotas al aire mientras conduzco a través de la avenida.

Primero, el profesor Ruggles nos había explicado la teoría de los sueños de Hartmann, que establece la hipótesis de que los sueños refle- jan nuestras emociones y que lo hacen en forma de metáforas. Como siempre hay un bromista sin el más mínimo interés en la clase, se origi- nó un debate tras la mención de un sueño de alto contenido sexual. Y como me encanta exhibir mis opiniones, expresé que para mí no todos los sueños significan o reflejan algo concreto.

El bromista se ofendió porque le dije, sutilmente en lo que a mí respecta, que sus sueños mojados con Penélope Cruz no eran más que fantasías de un órgano viril necesitado y, además, algo que jamás pasa- ría. Él terminó por gritarme que sería una terrible psicóloga y yo ter- miné por contestarle, también entre gritos, que podía exteriorizar mis opiniones tanto como quisiese. Tras eso, llegué a casa para encontrar la alacena totalmente vacía. No había más que leche rancia en la nevera y un paquete de avena. Supongo que esas son las consecuencias de con- vivir con Bill Shepard. Todavía me pregunto cómo no morí de hambre en los últimos dieciocho años de mi vida. Y ahora, para mi desgracia, el Jeep se me averió en pleno estacionamiento del supermercado y he dejado a Zoe completamente sola en casa.

Ser niñera es un trabajo fácil, aún más cuando debes cuidar a la inofensiva Zoe Murphy. Lo único que debes hacer es poner algún pro- grama para niños de esos que los vuelve mini humanos fanáticos de un perro, mono o dinosaurio, cualquiera sea el animal que extraordina- riamente habla y les enseña los colores. Sin embargo, el viaje de cinco minutos a la tienda se transformó en casi una hora y, a pesar de conocer hace años a la madre de Zoe, espero que no se entere de mi pequeño percance.

Me siento la peor niñera del mundo, seguramente lo soy.

Dejo de reprocharme y estaciono en la entrada de casa antes de estirarme hacia el asiento trasero para sacar las bolsas del supermerca- do. Habría llevado a Zoe conmigo, pero ella todavía está resfriada y el clima no es particularmente agradable en esta época del año. Camino a toda prisa hacia la puerta, maniobrando para meter la llavedel coche en el bolsillo de mis *jeans* y no dejar caer las bolsas en el proceso. Em- pujo la puerta y el alivio me inunda al instante en que veo a la pequeña de pie en medio de la sala.

—Lo lamento muchísimo, Zoe —me disculpo mientras cierro la puerta con el pie y dejo caer las bolsas sobre el sofá—. El auto se me quedó, pero traje todo lo necesario para hacer tu pastel de cumple...
—Me detengo al percatarme de que parece no prestarme ni la más mínima atención.

Me quito la chaqueta y la arrojo también sobre sofá mientras ca- mino hacia ella, extrañada por su inusual mutismo. Mantiene la vista fija en algo de la cocina y mi curiosidad se dispara. Espero que no esté poseída o algo por el estilo. Lo que menos necesito en este momento es llamar a un sacerdote para que practique un exorcismo y arroje agua bendita por toda la casa. Entonces, mis ojos se encuentran con lo que Zoe contempla e instantáneamente un grito trepa por las paredes de mi garganta.

Hay un chico inconsciente tirado en el piso de la cocina.

Me giro a toda velocidad y tomo a la niña por los hombros. Co- mienzo a inspeccionarle el rostro, rotándolo entre mis manos como si fuera una bola de bolos. Siento mi corazón acelerado mientras busco cualquier indicio de que esté herida. Tal vez no sea la niñera del año, pero me preocupo por ella. La cuido desde hace alrededor de dos años

y me estremece pensar que algo malo pudiese pasarle. También me cala los huesos recordar que su madre es abogada.

Va a demandarme, y seguramente mi padre preferirá gastar el dinero de la fianza en un pase V.I.P. para ver a los Kansas City Chiefs.

—¿Cómo diablos llegó ese chico hasta ahí? ¿Le abriste la puerta? —inquiero, olvidándome de que no debería maldecir frente a una niña de seis años—. ¿Estás bien? ¿Te lastimó? —interrogo preocupada, ins- peccionando sus brazos.

—Estábamos hablando de los osos pandas de Londres —explica, observándome con sus redondos ojos azules. Le regreso una mirada cargada de desconcierto—. Y como no tienes nada en la nevera, le di agua, porque mi mamá dice que es de buena educación ofrecer comida y bebida a los invita...

—¿Qué le diste? —La interrumpo con un mal presentimiento ori- ginándose en mis adentros.

—Agua —repite orgullosa.

Claramente no sabe que su madre tendría un ataque si se enterase que le ofreció asilo y bebida a un completo desconocido.

Me giro sobre mis talones y pongo a Zoe instintivamente tras de mí. El chico permanece totalmente inmóvil en el piso. Parece tener mi edad o un poco más. Su cabello rubio contrasta contra las baldosas negras de la cocina, al igual que la pálida piel de sus trabajados brazos. Es alto, o eso puedo descifrar por la longitud de sus extremidades y la cantidad de espacio que ocupa tendido en el suelo.

Pensar que una cosa tan grande como él estuvo a solas con Zoe me revuelve el estómago. Si no hubiera salido por comestibles a la tienda, tal vez este gran problema no obstruiría mi paso a la cocina.

—¡Mira! Trajo regalos —chilla la niña antes de salir corriendo.

Ella se arrodilla frente a una maleta y una mochila que hay cerca del cuerpo y automáticamente la tomo del brazo y la obligo a ponerse de pie con suavidad.

—No creo que sean regalos —murmuro con desconfianza.

Observo al extraño y luego otra vez a la maleta. Tal vez se confundió de casa, eso debe ser. Tengo un montón de vecinos de la mediana edad,

y tal vez sea el nieto o hijo de alguno de ellos. Entonces, siento mi ceño fruncirse al olfatear el intenso aroma que hay entre las masas de aire: es fuerte y definitivamente no es agradable. Lo reconozco al instante.

Mis ojos viajan a la mesa de la cocina y alcanzo el vaso que la mini humana le dio al extraño.

—¿De dónde sacaste el agua, Zoe? —inquiero con la mera sospe- cha de que no es de la canilla. Eso sería un problema.

Un terrible problema.

—De la jarra de la nevera —responde con inocencia, escudriñando al chico inconsciente a sus pies.

No.

No.

No.

¿Por qué no escondí el vodka en otro lugar, Jesús?

Tomo mi celular y marco con prisa el número de Jamie. Me paso la mano por el pelo una y otra vez, a la espera de que conteste mi llamado.

Lo hace al tercer timbrazo.

—Tengo un problema —digo a toda velocidad, sin darle la oportunidad de formular un saludo.

Veo que Zoe hurga en la mochila del extraño y automáticamente corro en su dirección. Le arrebato la billetera que tiene en la mano y alejo cualquier pertenencia del chico de ella. Lo único que falta es que nos acuse de ladronas cuando despierte.

La señora Murphy también podría demandarme por eso.

—¿Qué clase de problema? —interroga mi amiga a través de la línea telefónica.

Abro la billetera y saco la licencia del chico tendido a mis pies. ¿Cómo le explico que la niña de seis años a la que tengo a cargo embo- rrachó a un extraño dándole lo que ella, en su inocencia, creyó que era agua y en realidad era vodka que yo escondía de mi padre?

—Un tal Malcom Beasley —respondo sin dejar de observar la foto de su carné de conducir.

Cinco minutos, eso es lo que tarda ella en llegar.

—¿Está muerto? —Se aventura a preguntar la pelirroja—. Porque no tengo ni la menor idea de cómo esconder un cadáver.

Estamos bajo el umbral de la cocina, codo a codo, observando al extraño que permanece inconsciente en el suelo.

—Yo creo que está vivo —repone Zoe. Hunde uno de sus dedos en la mejilla del chico y lo observa como si fuese la mascota de un extraño.

Me acerco y la tomo de la mano para alejarla de él. Me alegra que Ja- mie viva a tan solo un par de cuadras de mi casa, pero no parece ser de mucha ayuda cuando dice que tengo un difunto al lado de la heladera.

—Yo no lo tocaría, cariño. —Le sonrío de modo tranquilizador a la niña, pero soy consciente de que no hay nada de tranquilizador en esta habitación.

—Qué bueno —replica la universitaria a mis espaldas—. Porque yo sí lo haría —añade enroscando un mechón de su cabello alrededor de su dedo y examinando al chico con gusto.

No voy a negar que es lindo. Hasta en la foto de su licencia para conducir salió extraordinariamente bien —cosa que solo a las personas genéticamente favorecidas les pasa—, pero eso no quita el hecho de que es un extraño que se metió en mi casa aprovechándose de la ama- bilidad de una niña de seis años.

—¡Está alcoholizado, Jamie! —la regaño por estar contemplándolo como si fuese un plato de carne al horno.

—¿Qué es alcoholizado? —interroga Zoe mirándome con el ceño fruncido.

—Cuando tienes hambre —miento al instante.

No puedo explicarle lo que es el alcohol y las diversas consecuencias tanto físicas como mentales que acarrea el mismo en este momento. O por lo menos, no como lo haría una niñera responsable.

Ella lo mira como si fuese un experimento mientras yo me pregunto qué voy a hacer con el cuerpo de este joven. Entonces, recuerdo que la señora Hyland había mencionado a uno de sus nietos algunas semanas atrás. Creo que había hablado acerca de una visita a final de mes.

—Ayúdame a cargarlo —pido a Jamie, quién instantáneamente arquea ambas cejas con sorpresa—. Seguramente es uno de los nietos

de la señora Hyland. Debemos llevárselo antes de que aparezca mi pa- dre, o aún peor, la madre de Zoe —explico con prisa.

—Al único lugar donde quiero llevarlo es a la cama, conmigo.

Le disparo una mortífera mirada de advertencia. En cuanto siga ha- ciendo insinuaciones sobre el hombre inconsciente que hay en medio de mi cocina, la ahorco.

Me acerco al cuerpo y tomo su brazo, y en cuanto veo que Jamie hace lo mismo, tiro de él y me rodeo el cuello con su extremidad. Au- tomáticamente una palabrota sale disparada de mis labios.

—¿Cuánto pesa este tipo? —interroga la pelirroja entre dientes, es- forzándose por mantenerlo en posición vertical.— ¿Y por qué escon- días el vodka en una jarra de agua, genio?

—En esta casa solo se toma refresco, nadie ha tocado esa jarra en años —replico sintiendo el peso del cuerpo. Claramente no es fácil de levantar.

Mi padre es un tanto estricto respecto al alcohol. No le agrada la idea de que tome, y eso deriva de los problemas que tuvo mi madre con la bebida y el hecho de que lo atormenta la posibilidad de que vaya a seguir sus pasos. Pero yo no soy como ella en absoluto, eso está claro.

Con cada gramo de fuerza que tengo en el cuerpo, y junto a la que- jumbrosa Jamie, cargamos al desconocido hasta el *living.* Y por cargar me refiero a arrastrar.

—Zoe, abre la puerta —pido.

—¿A dónde lo llevaran? —interroga con ojos amplios y curiosos.

—Al infierno, así que abre la puerta, niña —espeta la muchacha de ojos cafés con brusquedad.

—¡Jamie!, tiene seis años —le recuerdo cuando Zoe abre la puerta de par en par y arrastramos a un inconsciente Malcom Beasley por el cuidado jardín delantero. Adiós, petunias.

Espero que los vecinos no estén mirando, porque podrían malinter- pretar la imagen de dos chicas arrastrando el cuerpo de un joven por la vereda.

Entre quejas y jadeos, logramos llegar a la puerta de mi vecina, la señora Hyland. Le indico a Zoe que vuelva a la casa y estrello mis

nudillos contra la madera. Es cuestión de minutos antes de que la mu- jer abra la puerta. Con su típico suéter de cuello de tortuga y sus usua- les gafas la anciana nos sonríe en una cálida bienvenida con un plato de galletas en mano. Sin embargo, aquella sonrisa se borra en el instante en que observa al chico que Jamie y yo estamos cargando.

—Mary —mascullo entre dientes, con los brazos acalambrados por sostener tanto peso. —Encontramos a tu nieto, se ha confundido de casa —explico sin saber qué decir con exactitud. Si mi nieto apareciese en este estado, comenzaría a gritar todas las palabras que ofenden a Jesús, pero la mujer de cabello canoso se ríe en su lugar.

—Este no es mi nieto, Kansas —responde con un brillo de compasión y gracia en sus ojos—. Pero buen intento por liberarte de tu nuevo novio, ¿quieren una galleta? —ofrece como de costumbre.

Comienzo a pensar que algo anda mal con esta mujer. Definitivamente no es una situación que provoque mucho humor. O por lo me- nos para mí. Por eso cierro los ojos por un minuto y me pregunto qué diablos voy a hacer con el hombre que cuelga de mi cuello.

—No, graci... —comienzo a decir.

—Claro —salta Jamie—, ponla aquí —agrega abriendo la boca en su dirección.

La mujer, agradecida de que valoren su comida, le deposita una ga- lleta entre los dientes y la pelirroja la engulle como lo haría un animal glotón.

—Gracias —dice con la boca llena antes de que comencemos a vol- tearnos para regresar a mi casa. Creo que Malcom Beasley se quedará inconsciente en el piso de la cocina por un rato más.

—¡Espera! —La voz de Zoe llega a mis oídos antes de mirar sobre mi hombro y verla corriendo en nuestra dirección. Pasa entre mis pier- nas y se enfrenta a la señora Hyland.

—Yo también estoy alcoholizada —asegura antes de abrir la boca en la espera de su galleta.

Al ver la expresión de horror de la señora Hyland, sé que nada de lo que suceda hoy será peor que esto.

O tal vez puede que sí, dado que mi padre, Bill Shepard, aparece con su Ford Sierra desde la esquina de Trinity Street.

Capítulo II

Resaca

Malcom

Siento la forma en que mi cabeza palpita frenéticamente y me produce un dolor insoportable. Abro los ojos y, por un segundo, creo que estoy otra vez en mi antigua habitación de Merton, en Londres. La idea me trae un gusto acerbo a la boca, porque lo último que quiero es recordar todo lo que dejé en esa ciudad.

Pasan los segundos y recuerdo haber llegado al aeropuerto de Bet- land gracias a mi antiguo *coach*. Pagué un taxi que salió fortuna para llegar hasta la casa de Bill Shepard, también con dinero prestado, y eso no es algo que mi billetera, mi moral o yo podamos olvidar.

Hace días había hablado por primera vez él, con el hombre que se convertiría en mi entrenador en cuanto cruzara el Atlántico y comen- zara a jugar junto a los Jaguars de la BCU. Estaba todo planeado con extrema minuciosidad: llegaría a la ciudad y el nuevo entrenador me hospedería en su casa hasta que pudiese conseguir solventar mi propio espacio o concluyera lo que he venido a hacer.

Mientras tanto, me incorporaría como jugador al equipo y podría concentrarme en lo único que es constante y realmente grato en mi vida: el fútbol americano.

Comienzo a escuchar voces, pero la sangre que palpita en mis oídos consume cualquier sonido proveniente a mi alrededor. Echo un vistazo y me percato de que estoy sobre una cama de dos plazas, en una habita- ción que jamás he visto en mi vida. Intento recordar cómo llegué aquí y repaso todos los acontecimientos del último día en mi cabeza. Estoy seguro de que, luego de pagar el taxi y buscar la dirección que Bill me había enviado por email, había encontrado una típica casa de barrio en

la que toqué timbre. En cuestión de segundos se abrió la puerta y bajé la mirada para encontrar a una niña de no más de siete años.

Sabía que el nuevo entrenador tenía una hija, pero no me imaginé que sería una niña de preescolar. Automáticamente, la extraña me invitó a pasar y me sorprendí de que estuviera completamente sola en casa. Dijo que su niñera la había dejado para ir al supermercado e ins- tantáneamente pensé en la falta de responsabilidad y compromiso de la mujer que la cuidaba.

Bill debía enterarse de que su hija estaba en manos de una imprudente. Sin embargo, lo peor llegó cuando me senté frente a la niña en la mesa de su cocina. Ambos nos miramos en silencio y, por mi parte, sentí una profunda incomodidad junto con una mezcla de fascinación e intriga. Internamente estaba deseando que llegase su niñera para no tener sus atentos ojos azules sobre mí. Entonces, comenzó a hacerme más de media docena de preguntas por minuto.

Empezó preguntándome qué hacía aquí y todas las que le siguieron consistieron en cuál era mi color, comida, nombre, deporte y animal favorito. La niña no paraba hacerme preguntas irrelevantes, así que im- plementé una táctica inversa y le pedí que me dijera cuál era su color, comida, nombre, deporte y animal favorito.

Tal vez si gastaba mucha saliva, se callaría un rato. Pero, para mi sor- presa, contestó a mi cuestionario con eficacia y rapidez: rosa, galletas, Kansas, patín y oso panda. No le cuestioné que eligiese el color rosa ni las galletas, ¿pero Kansas? ¿Qué clase de estrafalario nombre es ese?

Me comentó que era el nombre de su niñera y solo logré pensar en el nivel de locura patriótica que tendrían sus padres para ponerle a su hija el nombre de uno de los cincuenta estados de su país. Ni siquiera era Virginia o Alaska, era Kansas. Y mientras la niña parloteaba acerca de su amor por los osos pandas y me preguntaba si alguna vez había visto uno en Londres, se subió a una silla y abrió una de las alacenas.

Me ofreció un paquete de avena para comer y lo rechacé al instante. Debí recordarme que no tenía más de seis o siete años en cuanto se ofreció a servirme algo de leche, y el problema con eso fue que el pro- ducto había caducado hace más de dos semanas. Pero, por supuesto, me guardé el comentario y no se lo dije. Pensé que su niñera ni siquiera la alimentaba como se debía. Los niños necesitan alta ingesta de calcio,

hierro, zinc, potasio y una amplia variedad de vitaminas. ¿Y qué le da- ban de comer a la pobre hija del entrenador? Avena y leche caducada.

No quise ser descortés y, al ver la mirada de tristeza y decepción que le atravesó los ojos, le pedí un vaso de agua. Con toda la emoción del mundo, corrió hacia la heladera, se trepó en el cajón de los vegetales y alcanzó una jarra que probablemente contenía lo único sano, necesario y apto para beber en esta casa. Luego me tendió el vaso con una sonrisa de autosuficiencia. Le faltaban unos cuantos dientes.

Me miró fijamente, como esperando que degustara lo que ella me había servido y le dijera que el agua era lo mejor que había bebido des- de mi nacimiento. Parecía no recordar que se trataba de eso, solo agua, pero intenté complacerla y comencé a beber con fingido deleite.

Y me costó no escupir el líquido en su cara. El agua de Estados Unidos era horrible. Tenía un gusto amargo y ardiente que me provocó estragos en la garganta. Pobre cría, ni agua para beber tenía.

Sin embargo, ella me siguió mirando, como si esperara que me ter- minara el vaso de lo que, a mi parecer, eran fluidos químicos no aptos para el consumo humano. Me guardé todas mis quejas y bebí para complacerla. Si se largaba a llorar porque le había menospreciado el agua, no sabría dónde meterme. Y mientras tragaba, maldecía a su ni- ñera en mi interior como nunca antes lo había hecho. Además de ser irresponsable, impuntual, imprudente y todos los adjetivos negativos que empiezan con la letra I, era una desalmada por no darle agua pota- ble a la hija del entrenador.

Me terminé el vaso en menos de un minuto y la cría sonrió satisfe- cha. Comenzó a parlotear otra vez y sentí que algo andaba malconmi- go, pero no involucraba a la niña, era algo con respecto a mi cuerpo. Empecé a sentirme mareado al pasar los minutos, y llegó un punto donde las náuseas hicieron estragos en mi faringe. Le pedí permiso para ir al baño, pero en cuanto me incorporé de la silla, no fui capaz de sostenerme sobre mis pies. Caí, y eso es lo último que recuerdo.

Ahora tengo la garganta seca y un dolor de cabeza que crece a pasos agigantados con el transcurso de los minutos. Me obligo a incorporar- me en la cama y hundo la cara entre las manos antes de pasarlas por mi alborotado cabello. La habitación es sencilla: un ropero, un escritorio, la cama y una pequeña mesa de luz. También hay un diván de cuerina,

de aquellos que usan los psicólogos, y sobre él están mi maleta y mi mochila.

Anclo mis ojos en la ventana que está sobre el diván. Había llegado a la casa de Bill al mediodía, pero se nota que el sol ya se oculta entre las copas de los lirondos árboles en el exterior. Me pongo de pie y com- pruebo no tener náuseas ni ninguna otra clase de síntomas familiares. Si voy a quedarme aquí, voy a procurar no tomar ni una sola gota de esa agua. Mi dieta de alto rendimiento no puede tener falla alguna, como la que me podría haberme costado el agua de este país.

Con mi cerebelo aún palpitando, abro la puerta y observo un corre- dor vacío. Debo estar en el segundo piso de la casa y me sigo preguntan- do cómo llegué hasta aquí arriba. Las voces se oyen mucho más claras y fuertes ahora, y el intolerable dolor que parece atormentar mi cerebro se multiplica. Comienzo a descender las escaleras y la voz de la niña inunda mis oídos. Es irritante, y no sé si seré capaz de tolerarla hablar de pandas otra vez. Una vez que llego al pie de la escalera, me encuentro a un hombre de gran tamaño sentado en la cocina. Es alto y con una contextura física bastante firme para estar pisando los cuarenta. Su cuer- po está envuelto en pantalones deportivos y una sudadera de la BCU.

En cuanto se oye la madera hundirse bajo mis pies, él levanta la vista de los papeles que tiene frente a sí.

—¿Bill Shepard? —adivino, observando la gorra de los Jaguars que cubre la mayor parte de su cabello azabache. El hombre se pone de pie y se apresura a llegar a mí con una expresión ciertamente cautelosa.

—El mismo —responde, tendiendo una mano en mi dirección. La estrecho y me da un firme apretón, uno que trasmite formalidad y cordialidad—. Será genial tenerte en el equipo, Beasley —agrega al instante. Y, como todo buen entrenador, me llama por mi apellido aunque no estemos en el campo.

—Coincido —apunto al instante—. No puedo esperar para cono- cer el campus y al equipo —admito con abierta sinceridad. Entonces el hombre aplaude estruendosamente y emite un extraño y ronco sonido desde el fondo de su garganta, algo que se asemeja a un festejo. Se ve que las formalidades no le duran mucho.

—Te encantará —dice con voz grave, casi a los gritos, antes de que lo que se asemeja a una extraña sonrisa le curve los labios—. El nuevo

césped sintético es una belleza, y no puedo esperar para que conozcas a mis mucha... —Alguien interrumpe su energético parloteo.

—¿Te encuentras mejor? —La voz de la niña llega a mis oídos antes de que aparezca al lado de su padre—. ¡Yo no quería envenenarte!
—jura con ojos de cachorro.

Le sonrío a modo tranquilizador, analizando esos ojos tan singulares. Puede que sienta que alguien está utilizando mi cabeza a modo de tambor, pero no puedo culpar a esta niña por intentar ser cortés y ofrecerme algo de beber a pesar de que me intoxicara hasta los más recónditos trozos del intestino.

Bill abre los ojos al recordarlo y todo su frenesí de emoción se torna una rápida disculpa.

—Beasley, lo lamento. —Comienza palmeándome el hombro con demasiada fuerza, se nota que hay vergüenza y remordimiento en sus ojos almendrados—. Mi hija... —lo corto, y lo hago porque no necesi- to que se responsabilice de consecuencias que son ajenas a él.

—Su hija no tiene la culpa —replico antes de extender la mano y acariciar la cabeza de la niña. Automáticamente, ella cierra los ojos disfrutando del tacto, como hacen los felinos. No voy a negar que es empalagosamente linda y, al fin y al cabo, también es solo una cría—
. Y, sin ánimos de ofender, creo que debería contratar a otra niñera —opino, e instantáneamente sus facciones se cubren de desconcier- to—. No creo que sea seguro dejar a su hija en manos de una mujer tan imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños.

Bill abre la boca para replicar, pero la cierra mientras analiza mis palabras. Una de sus cejas se mantiene arqueada, dejándome saber que está claramente desorientado con el rumbo de la conversación.

—Zoe no es mi hija —confiesa con lentitud.

Me toma unos segundos percatarme de que se refiere a la niña. Au- tomáticamente, mi mano deja de trazar círculos en la cabeza de la mini humana y ella emite un quejido. Mientras la confusión me invade, la denominada Zoe agarra mi mano y la hace girar sobre su cabello, im- plorando en silencio que la siga acariciando. Observo cómo utiliza el reverso de mi mano como si fuese un jabón, e intercambio una mirada cargada de incredulidad con el entrenador.

—Claramente no lo es. —Está de acuerdo una voz femenina que proviene de las escaleras, a mis espaldas.

Mis ojos caen sobre una chica que se encuentra en el segundo piso. Se mantiene de brazos cruzados y una expresión de pocos amigos le atraviesa el rostro. *Jeans* se adhieren a sus largas piernas, al igual que una camiseta de mangas largas lo hace alrededor de su torso. Me tomo unos segundos para apreciar su figura, pero el tiempo se me agota antes de lo estipulado en cuanto comienza a bajar los peldaños de la escalera con lo que reconozco como indignación.

—Esa —señala el entrenador con su dedo índice—, es mi hija.

La auténtica Shepard llega al último escalón y me envía una mirada cargada con un poco de resentimiento. Su cabello, que seguramente no cepilló, cae sobre sus hombros y las puntas rozan su busto.

Hay que admitir que tiene una linda anatomía, pero por más linda que sea, no se quita el hecho de que me observa con un nítido enojo. Sus ojos se clavan y me evalúa.

—Y también soy la imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños —agrega, dejándome saber que escuchó cada una de las palabras que salieron de mi boca.

No siento remordimiento alguno por expresar que es una irrespon- sable, pero tal vez no sea lo más inteligente teniendo en cuenta que es la hija de mi entrenador. Si vamos a convivir, debemos llevarnos bien desde el principio.

—Malcom —dice Bill frotándose las sienes, incómodo y cansado ante el problema que se origina ante sus ojos—. Ella es mi hija, Kansas
—esclarece, y me alegro de no haber expresado mis anteriores pensamientos sobre su ridículo nombre en voz alta—. Y la niñera de Zoe.

—Creo que empezamos con el pie izquierdo. —Rompo el silencio que nos envuelve mientras la castaña sigue disparando miradas enve- nenadas en mi dirección, la niña continúa frotándose mi mano por la cabeza y Bill Shepard esconde sus ojos tras una mano.

Kansas me dispara una última mirada antes de pasar por mi lado a toda velocidad.

—Soy zurda —aclara, dejándome saber que la cagué aún más.

Capítulo III

Pautas

Kansas

Me meto en el cuarto de lavado hecha una furia. No puedo creer que Malcom Beasley, un completo desconocido, me trate como a una niñera imprudente y desinteresada por la seguridad de los niños. Claro que me importan los niños, de otra forma no pasaría tantas horas a la semana cuidando de uno de ellos. Así que llego a la conclusión de que me cae mejor cuando está inconsciente.

Saco la ropa de la secadora y comienzo a doblarla a toda marcha. Es- toy ofendida, mejor dicho, furiosa. No sé cuánto podré resistir sin vol- ver a entrar a la sala y propinarle un puñetazo o comenzar a enumerar todas las razones por las que soy apta para hacerme cargo de un menor.

Tiene una figura estilizada y atlética. Se nota que trabaja su cuer- po y, claramente, obtiene frutos. Su rostro es un conjunto de ángulos varoniles en los cuales se destaca la forma de su mandíbula y sus pó- mulos. Y es propietario de unos intensos ojos azules que parecen haber sido creados a partir de zafiros. Para concluir, su acento —por favor, recordemos su acento— es el sonido más exquisito que he escuchado en toda mi existencia. Sí, puede que sea un ser humano agraciado físi- camente, pero todas sus virtudes estéticas se van por desagüe en cuanto recuerdo cómo le dijo a mi padre que yo era una niñera sumamente irresponsable, y que debía considerar contratar a alguien más.

No me gusta el hecho de que él me juzgue por lo que vio hoy. Si tan solo hubiera llegado alguno de los otros 364 días del año, sabría que soy apta para responsabilizarme de cualquier tipo de trabajo. De niños incluidos.

—Kansas. —La voz de Zoe llega desde la puerta, cargada con cierta inseguridad—. ¿Estás enojada porque envenené a Malcom? —pregun- ta vacilante.

Dejo de doblar uno de los tantos pantalones deportivos de mi padre y observo la tela en silencio. Si no fuera por mí, su ropa apestaría a basural.

Bill Shepard también se merece un puñetazo, reflexiono. En cuanto nos encontró a Jamie y a mí cargando al chico inconsciente y comiendo galletas con la señora Hyland, se tornó arrebol. Y tras cargar a Malcom por las escaleras, me pidió una explicación detallada de cómo había terminado con el chico alcoholizado colgando de mi cuello. Una vez que confesé, pasó de ser del color de una manzana al de una berenjena, su rostro se tornó púrpura y pensé que las venas de su cuello estallarían en cualquier momento.

No entendía por qué se preocupaba tanto por el extraño cuando en realidad él se había emborrachado a solas con una niña de seis años y se había confundido de hogar. Entonces me explicó que Malcom Beasley no se había equivocado de lugar, que él es un jugador de fútbol ame- ricano que fue transferido para jugar con los Jaguars de Betland desde Londres. Y es su invitado.

Me dejó estupefacta. ¿Cómo es posible que no me dijera que íbamos a hospedar a un extranjero? Pero según Bill Shepard, él me lo había mencionado el miércoles por la noche. Seguidamente le recordé que los miércoles por la noche pasaban *Presuntos Inocentes* por *Investigation Discovery*, y le dije que era obvio que no le estaba prestando atención porque me interesaba mucho más ver un programa donde se analizaba la mente criminal y los orígenes de sus macabros actos. Aquello pareció irritarlo aún más y se pasó alrededor de veinte minutos regañándome por hacer pasar el vodka como agua y ser la responsable del posible coma alcohólico de su nuevo jugador estrella.

Me defendí, reconocí que no debí haber dejado sola a Zoe ni haber escondido el alcohol en la heladera, pero le planteé que solo un idiota podría llevarse un vaso de vodka a los labios y no reconocer el líquido y su particular aroma. Y, como siempre, él tuvo una excusa. Como estricto y buen entrenador que es, conoce todos los hábitos alimenti- cios de sus jugadores. Dijo que Malcom jamás había probado una gota

de alcohol en toda su vida y que llevaba una dieta perfectamente equi- librada desde que empezó a jugar fútbol a los catorce, recalcó que él no sabía lo que bebía. Lo defendió y me acusó de corromper a su nuevo deportista.

Ahora estoy encolerizada por varios motivos, pero ninguno de ellos incluye a la pequeña Zoe Murphy. Ella es solo una niña que en suino- cencia logró dejar inconsciente a un inglés.

—Claro que no —respondo con abierta honestidad antes de ponerme de cuchillas para estar a su altura—. No hay nada que pudieras hacer que lograra enojarme —confieso colocándole uno de sus rebeldes mechones tras la oreja.

—¿Nada?

—Nada.

Pero no puedo decir lo mismo de mi nuevo inquilino.

—No voy a repetir la pregunta —advierte mi padre entre dientes.

—Y yo no voy a repetir la respuesta —replico.

Hace no más de quince minutos que la señora Murphy pasó a reco- ger a Zoe. Ahora que estoy redimida de cualquier responsabilidad, mi padre es libre de acaparar toda mi atención.

—Tú escondiste el alcohol dentro de mi propia casa y eres la responsable de que mi jugador tenga una resaca inhumana —espeta de- masiado alto, y estoy segura de que Malcom puede escucharlo desde el segundo piso—. Vas a disculparte y le dirás que te encantaría que nos acompañe para la cena, aunque sea una mentira.

No puedo contradecirlo con eso último. Él tiene razón, lo que me- nos quiero es sentarme a comer tallarines con el abstemio de Beasley.

—Sube y discúlpate —dice cruzándose de brazos. —Esta vez no es una pregunta, es una orden —aclara, y estoy segura de que, si tuviera su silbato alrededor del cuello, lo usaría para que corriese escaleras arri- ba de inmediato.

Me lanza una tableta de pastillas para el dolor de cabeza y se gira para concentrarse otra vez en la salsa de sus amados tallarines.

Es lo único que sabe cocinar, y hasta con su estúpido y risible delantal de flores luce amenazante.

Subo los peldaños de la escalera en silencio, ya estoy cansada de discutir con él. Me planteo que, si voy a vivir bajo el mismo techo que el abstemio de Londres, por lo menos debería intentar que nos llevára- mos bien. Así que en el corto trayecto que hay hasta la habitación de invitados, me convenzo de que todo lo que ocurrió hoy es una gran maraña de malentendidos. Mañana será otro día y seguramente po- dremos empezar con mi pie izquierdo y su pie derecho. Lo que acabo de pensar ni siquiera tiene sentido, pero da igual. Puedo tragarme mi orgullo y dar el primer paso a lo que podría ser una caótica y efímera amistad. Sin embargo, todas las disculpas que penden de la punta de mi lengua se evaporan en cuanto él abre la puerta.

Está sin camiseta.

Está sin camiseta, repito.

Lo primero que veo son sus anchos y trabajados hombros, de los cuales descienden los músculos de sus brazos. Las venas sobresalen de su piel y toma todo de mí apartar la mirada. Pero es un grave error, por- que ahora miro su pecho: esos pectorales no se consiguen en cualquier tienda, y es notorio que sus definidos abdominales tampoco lo hacen. Y, para finalizar, contemplo la V de su cadera que se pierde en las más recónditas pulgadas de sus pantalones de gimnasia.

—Mis ojos están aquí arriba. —Su voz penetra mis oídos y hace conectar otra vez mi cerebro, el cual se desenchufó por unos segundos.

Anclo mis ojos en los suyos y no estoy segura de qué es más cautivante: su rostro o su cuerpo. Pero me quedo con el segundo porque el primero viene con una boca incluida y no me gusta lo que me dice.

—Soy consciente de que tus ojos están allá arriba y tus testículos allá abajo —espeto con un poco de brusquedad, dejándole en claro que conozco la anatomía humana.

No es que me guste estar a la defensiva, pero su acento y el tono desdeñoso con el que habla no son una buena combinación.

—Si vas a disculparte preferiría que mantengas tus ojos en el hemis- ferio norte de mi cuerpo —replica encogiéndose de hombros antes de cruzarse de brazos.

Eso no ayuda en absoluto. Las únicas palabras que hay en mis pen- samientos en este momento son bíceps, tríceps, deltoides. Bíceps, trí- ceps, deltoides.

Ahora tengo la certeza de que escuchó todo lo que dijo mi padre. Lanzo imprecaciones mentales al hombre por tener unas cuerdas voca- les tan potentes.

—Lamento haber... —comienzo tras una exhalación, pero cambio las palabras al no estar segura de cómo seguir—. No habría escondido el vodka en la heladera si hubiera sabido que ibas a venir. Te habría ahorrado la resaca de saber que no sabías diferenciar el agua del alcohol
—finalizo.

—Pero lo habrías hecho si no venía —apunta analizando con meticulosidad la oración. Sus ojos azules brillan con acusación bajo la mortecina luz del corredor.

—¿Qué quieres decirme, Beasley? —interrogo con cautela.

—Que sigues sin ser apta para cuidar niños, eso digo.

En cuanto termina de pronunciar las palabras, siento que la cólera se desprende por mi torrente sanguíneo. Su brutal honestidad junto con ese marcado acento provoca que un sentimiento de desagrado se origine y cobre fuerzas en mis adentros. Zoe jamás habría abierto la heladera si él no se hubiera presentado, de eso estoy segura porque, de otra forma, jamás hubiera dejado el vodka allí, a su alcance. ¡Zoe ni siquiera toma agua! Solamente refresco.

—¿Me estás llamando incompetente? —cuestiono para estar segura de que he entendido bien.

—Te estoy llamando por lo que eres, sin ánimos de ofender — dice con el ceño fruncido, como si estuviera desconcertado por mi reacción. Cuando alguien te insulta, aunque sea de forma sutil, uno no suele
responder con: «¡Hey, muchas gracias por expresar tu peor juicio sobre
mi persona!»

—Jamás dije que fueras incompetente, sino que... —se toma un segundo para encontrar las palabras adecuadas—. Eres muy inmadura para cuidar de Zoe, o de cualquier otro ser vivo que requiera de la más mínima atención.

No es mi culpa que él no haya probado el alcohol en toda su vida y que esté tan absorto en su carrera deportiva como para no tener ni un gramo de diversión y jovialidad en todo su cuerpo.

—Tomar alcohol no me convierte en alguien irresponsable —le dejo en claro—. Mis responsabilidades están apartadas de mis salidas nocturnas, y es de mente muy cerrada decir que alguien no puede tener un equilibro con todas las facetas de su personalidad.

Discutimos con bastante energía, pero no me doy cuenta de eso hasta que siento que mi respiración está acelerada.

—Sigue diciéndote eso si te hace sentir mejor —repone encogién- dose de hombros.

Nunca quise utilizar a alguien como saco de boxeo hasta ahora.

—Toma —escupo estrellándole la tableta de pastillas contra el pe- cho—. Y ahógate con una.

Comienzo a atravesar el pasillo, pero recuerdo lo que mi padre dijo.

—Sería un placer que te nos unas a la cena —añado lo suficientemente alto como para que Shepard me oiga.

Los ojos azules del muchacho se encuentran con los míos a través del corredor y le dejo en claro con una simple mirada que su actitud no me gusta, mucho menos su criterio.

Y, para mi sorpresa, él me observa de la misma manera.

Malcom

La cena transcurre fenomenal. Creo que eso se debe a que Kansas no nos acompaña en la mesa. La veo subir con un plato rebosante de tallarines a la que creo que es su habitación, al otro lado del pasillo. Bill se disculpa por su conducta y dice que probablemente tiene las hormo- nas revolucionadas por su período, y como ninguno quiere entrar en detalles ni entiende perfecta y completamente el mundo femenino, nos sentamos a hablar de lo que sí comprendemos, de lo que nos apasiona: el fútbol americano.

Él me cuenta todo sobre los Jaguars de Betland. Luego, discutimos sobre tácticas de ataque en el campo y sobre mi trayectoria futbolística. Se nota que es un apasionado por el deporte y no puedo esperar para

mostrarle todo lo que tengo para dar en el campo. Su entusiasmo me da ganas de ponerme los botines. Luego, me habla sobre mi itinerario semanal. Mi objetivo nunca fue precisamente estudiar en la BCU, sino enfocarme en mi carrera como futbolista de americano y para arreglar algunos asuntos.

Los Jaguars son un grupo renombrado entre los diversos equipos universitarios de Estados Unidos, y unirme a ellos me da la oportu- nidad de ampliar mi ámbito deportivo y conocer potenciales ligas de fútbol a futuro. Son muchos los representantes que vienen a ver jugar al equipo de Bill Shepard, muchos con los que ya me he contactado y muchos otros con los que no.

—Tú estadía aquí no será fácil, Beasley —dice apuntándome con su tenedor y salpicándome con salsa—. Entrenamientos matutinos de lunes a miércoles de nueve a once y media y de una a tres —comien- za antes de enroscar más fideos alrededor de su tenedor —. Jueves al gimnasio de diez a doce y de siete a ocho en el campo, los viernes solo tienes clases y probablemente salgamos a correr. Los domingos son tus días de descanso. Los sábados son los días de partido, falta a uno y te patearé fuera del equipo —advierte—. Cinco comidas al día obli- gatorias. Alta ingesta de carbohidratos y vegetales, te quiero siempre hidratado y dispuesto. —Menea su cubierto en mi dirección mientras engullo los tallarines—. Sé que no hay drogas, alcohol o alta ingesta de azúcares en tu dieta, y espero que siga así. De otra forma llegarás a Guinea Ecuatorial con mi pie incrustado entre tus nalgas.

—¿Y cuáles son las reglas de la casa? —pregunto cuando termina de enumerar todo aquello que tengo y no tengo permitido hacer para obtener un buen rendimiento en el campo.

—No me interesa que salgas de fiesta los días que tienes libre, pero no puedes traer chicas a esta casa. Sería incómodo y desatento de tu parte. En fin, solo son bienvenidos los muchachos del equipo, cual- quiera de los cincuenta y ocho. Si ves a un chico ajeno a los Jaguars, lo echas a patadas —dice sin pelos en la lengua. Y creo que esto último tiene algo que ver con su hija—. De verdad, échalo —recalca.

—¿Aunque sea invitado de su hija? —inquiero, pero creo que conozco la respuesta. Él habla de ser desatento e irrespetuoso, pero no parece ser muy cortés en general.

—Creo que nos estamos entendiendo. —Sonríe con un tallarín col- gando de la comisura de sus labios.

—Usted parece ser algo paranoico, señor. Por eso me atrevo a pre- guntar qué hay con chicos del equipo, ¿no representan ninguna clase de... amenaza?

Él me regala una sonrisa haragana y de autosuficiencia, como si ya tuviera todo cubierto.

—Todos mis muchachos saben una cosa —explica limpiándose, por fin, la salsa que resta alrededor de su boca—. Para que lo profesio- nal no se mezcle con lo personal, como ha ocurrido en el pasado, tengo una regla: cualquier jugador de la BCU que se acerque a mi hija —hace una pausa, mirándome directamente a los ojos—, no sobrevive para contarlo —exagera.

Está exagerando, ¿verdad?

Reprimo el impulso de contestarle que solo un joven necio e irre- flexivo querría estar con alguien que posee el terco e imprudente carác- ter de su hija.

—No se preocupe por mí —lo tranquilizo—. Kansas no es mi tipo. Nuestras personalidades no congenian bien.

Y por mi propio bien, espero que nunca lo hagan.

Capítulo IV

Discernimiento

Kansas

Es miércoles y son las siete de la mañana. Si hay algo más doloroso que dejar mi pequeño nido de comodidad —y con eso me refiero a mi cama—, dudo que seguir viviendo valga la pena. Pero, para mi sorpre- sa, la mañana me sonríe.

Todo empezó cuando me desperté alrededor de las cinco para ir al baño. Me encontré a mi padre enfundado en sus típicos pantalones de- portivos, una sudadera de la BCU y sus zapatillas de deporte. Lo que me dio un placer inmenso fue ver como entraba a la habitación de Malcom a los gritos. «¡No quiero holgazanes en esta casa, aquí los hombres ma- drugan!» Fue lo primero que exclamó cuando irrumpió en la recámara.

«Te quiero en tres minutos abajo, me debes cinco millas corriendo».

Siguió gritando y, estoy segura de que, si hubiera estado dormida, me hubiera levantado únicamente para estamparle un puñetazo por despertarme con su mierda deportiva. «¡Muévete, Beasley! ¡No viniste a Estados Unidos para vacacionar!» Le dijo mientras yo tiraba la cadena y trazaba el camino de vuelta a mi habitación.

Mi padre salió a trote rápido y bajó las escaleras con su usual energía mañanera. No entiendo cómo alguien puede estar tan vivo a esas horas teniendo en cuenta que yo aún me golpeo con las paredes mientras intento pasar por el umbral de una puerta antes de las diez.

En fin, lo siguiente que vi fue al inglés pasándose las manos por su alborotado cabello rubio. Estaba en el umbral con una camiseta negra y pantalones de pijama a cuadros. Sus ojos se encontraron con los míos a través de las masas de aire, parecían somnolientos e irritados, y eso me trajo una profunda satisfacción.

—No sabes en lo que te has metido, Beasley —le dije con diversión antes de encontrar la puerta, luego de cinco intentos fallidos, y de adentrarme una vez más en mi nido de comodidad y calidez.

Oí el intento de una maldición por su parte, y digo intento porque estoy segura de que lo oí nombrar algún vegetal con impotencia. Puedo jurar que tuve un sueño de lo más reparador en cuanto mi padre agre- gó: «Nada de maldiciones disfrazadas de verduras en esta casa. ¡Ahora me debes seis millas, muchacho! ¡¿Quieres seguir quejándote y correr ida y vuelta por América del Norte?!»

Cuando termino de recordar los hechos de esta mañana, retorcién- dome de goce, ya estoy lista para treparme a mi Jeep y enfrentarme a otro día de universidad.

Una vez que dejo el coche en el estacionamiento, me encamino a la cafetería estudiantil, que es un gran edificio de ladrillo y vidrio que se eleva en una de las tantas hectáreas que abarca el campus. Tiene como objetivo brindar tres de las seis comidas principales a sus estudiantes, y no puedo saltarme ni un día sin tomar mi dosis de café en este lugar. Sin duda alguna creo que eso, y el hecho de ver a Harriet y Jamie, me ayudan a sobrellevar el día.

Ellas me esperan en el mismo sitio que ocupamos desde ya hace un año. Jamie tiene los pies sobre la mesa mientras se recuesta contra el respaldo de su silla; muerde una manzana y lee una revista de moda. Harriet, por otro lado, está sentada con su espalda completamente er- guida. Tiene los tobillos entrelazados bajo la silla y hace anotaciones sobre la Constitución de los Estados Unidos. Ella en verdad está dedi- cada a su carrera.

—Bienvenida a otro día en el infierno —saluda la rubia sin apartar sus ojos de los apuntes de impecable caligrafía. A continuación, Jamie desliza mi café con leche por la superficie de la mesa sin apartar los ojos de su lectura sobre los colores de la temporada.

—¿Habrá algún día en que llegue y no estés resaltando artículos en la Constitución o haciendo apuntes sobre ello? —inquiero y doy un sorbo a mi bebida.

—Sí, el día en que me gradúe —responde tomando otro resaltador de la docena que se alinean en la mesa.

—¿Quieres escuchar algo que en verdad corrompe tu preciosa ley? —pregunta Jamie bajando los pies de la mesa y acercándose con su silla. Una sonrisa juguetona curva sus labios.

—Si corrompe la ley, deberé tomar medidas —le advierte medio en broma, medio en serio.

—Yo misma tomaría medidas con Malcom Beasley —confiesa la pelirroja, e instantáneamente me ahogo con el café.

—¿Y ese quién es? —cuestiona Harriet arqueando una de sus depi- ladas cejas.

—Un imbécil, eso es lo que es —explico.

A continuación, Jamie le informa con lujo de detalles lo ocurrido ayer mientras la rubia la observa horrorizada. Luego, es mi turno de hablar y les cuento la forma en que el inglés me tildó de mujer impru- dente y desinteresada por la seguridad de los niños porque, claramente, soy una rencorosa que no se olvida de esas cosas.

—¿Quién es tan despistado como para no darse cuenta de que está tomando vodka? —se burla la futura abogada.

—Beasley —respondo sin dejar de jugar con la pajilla de mi bebi- da—. Y lo mejor es que mi padre lo defiende por ser su nueva estrella llegada desde el otro lado del Atlántico.

—No te apresures con llamarlo estrella, ni siquiera lo hemos visto jugar —apunta la chica de los resaltadores colocando un marcapáginas en donde dejó la lectura—. Tal vez no sea la gran cosa en el fútbol. Bill se dará cuenta de eso y lo regresará en una caja por correo a Inglaterra.

—Hace el intento de animarme.

—Conocen a mi padre —espeto—. Si ese chico tiene más talento del que aparenta, hay muy pocas probabilidades de que se marche de mi casa. Bill Shepard va a cuidarlo como si fuera un cofre de monedas de oro.

Con honestidad, no quería ni quiero tenerlo bajo mi mismo techo. Mi padre me dijo que es un arreglo temporal, pero eso no ayuda en absoluto.

—Tal vez podemos ir a verlo jugar durante el receso —sugiere Ja- mie, e instantáneamente le lanzo una mirada de advertencia. Sé que no está pensando con la cabeza, sino con las hormonas—. Es para que

Harriet evalúe a lo que se está enfrentando su preciosa ley —se apresura a decir, pero es incapaz de ocultar la sonrisa que atraviesa sus labios con picardía.

—En realidad —la corrijo—, es para saber a qué me enfrento yo.

Llega el momento de partir. Me dirijo a mi clase favorita, donde ha-
bla un hombre que afortunadamente no tiene ninguna clase de acento y que, siendo sincera, es más agradable que el promedio de todos los profesores que me tocaron este año.

—Empatía —comienza con otro tema el profesor Ruggles, entrelazando las manos tras su espalda baja—. Definida como la capacidad cognitiva de distinguir lo que el otro puede sentir. Es lo que informal- mente llamamos: «ponerse en zapatos del otro» —explica mientras abro mi cuaderno para tomar apuntes—. Todos hablan de que la empatía es una virtud, y si alguien posee esta cualidad de situarse en el lugar del otro, se lo debe asociar como alguien digno de confianza y de bue- na ética. Así que díganme ustedes, ¿creen que la empatía puede tener un lado oscuro? ¿Puede tener un efecto negativo? —inquiere hacia la clase.

—Yo no lo creo. —Una familiar voz femenina se alza sobre el silencio de la clase, y toda la atención se centra en aquella castaña de excepcionales ojos aguamarina—. ¿Por qué una virtud tan preciada y humana tendría un lado oscuro? La empatía nos permite relacionarnos de una forma más profunda con alguien más, y creo que es extraor- dinario el hecho de que alguien logre compadecerse del dolor o de cualquier otro sentimiento ajeno. Eso nos hace, en parte, humanos
—finaliza Sierra, y no puedo evitar dejar de tomar apuntes en cuanto termina su discurso.

—Todas las virtudes en exceso tienen su lado negativo, incluida la empatía —replico desde mi asiento, capturando la atención de mi clase.

—Señorita Shepard, ¿verdad?, ¿podría explicar de forma más amplia su punto de vista? —pregunta Ruggles sacándose sus gafas y cruzándo- se de brazos—. Ejemplifíquelo con una situación de ser posible.

—De acuerdo... —comienzo dándole golpecitos a la mesa con el extremo del lápiz, intentando buscar las palabras justas para explicar mi posición—. Supongamos que hay una persona X, es nuestro

amigo y tiene serios problemas financieros —invento, y puedo sentir los intensos ojos de Sierra escudriñándome desde la primera fila—. Esta persona va a correr una maratón con el objetivo de ganar dinero y poder solventar sus gastos. El problema es que tiene muy pocas pro- babilidades de ganar contra un maratonista entrenado —prosigo—. Supongamos que tenemos la opción de intoxicarlo, que consta en po- nerle una sustancia en el agua que le provoque dolor estomacal y afecte su desempeño deportivo.

—Creo que sé hacia dónde se dirige esto —sospecha Ruggles—. La pregunta es, ¿intoxicarían al maratonista para que X amigo gane el dinero? Recuerden que tiene serios problemas económicos, y agregué- mosle a un niño pequeño al cual alimentar.

—Yo lo haría —comenta un chico desde el fondo, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué?

—Porque el fin justifica los medios —se mete Sierra, como si fuera la voz de la razón.

—Eso es una mierda —salto yo, e instantáneamente el profesor me lanza una prolongada mirada de advertencia—. Lo siento —me dis- culpo por mi vocabulario, pero es imposible no recitar todas las pala- bras que ofenderían a Jesús cuando escucho parlotear a Sierra Mont- gomery—. Lo único que harías ayudando al sujeto X es infligirle dolor a alguien más, y terminarías actuando de forma inmoral e impulsiva, excusándote con el pretexto de ayudar a tu amigo. —Comienzo a que- darme sin aire por hablar tan rápido; este debate me está consumien- do—. La empatía se torna peligrosa si cruza cierto límite.

—Entonces, ¿opinan al igual que la señorita Montgomery, que el fin justifica los medios en esta situación? ¿O se inclinan a favor de la señorita Shepard, que sostiene que la empatía es aceptada hasta cier- to punto? —inquiere el hombre con un tono sugestivo—. Cualquier sea su postura quiero un ensayo fundamentado para la próxima clase, eso adjunto a otro ensayo que trate sobre las capacidades cognitivas. Internet y los capítulos 29, 30 y 31 los ayudaran.

Recojo mis cosas y me cuelgo el morral al hombro. Mientras tra- zo el camino para salir de la facultad de Psicología no puedo evitar imaginarme la cabeza de Sierra siendo utilizada como balón de fútbol

americano. Lo imprimiría y lo encuadraría si mi cerebro viniera con una impresora incluida.

Ella y yo no nos llevamos bien. Desde el primer día de universidad se originó una rivalidad entre nosotras, y eso se debe a que siempre dis- cutimos. El problema es que nuestras peleas disfrazadas de debates se tornaron agresivas con el paso del tiempo. Reconozco que Sierra es ex- cepcional: tiene uno de los promedios más altos de la carrera, es dedica- da, y se nota que le apasiona la psicología tanto como la confrontación. Y ahí está el asunto: somos demasiado parecidas como para llevarnos bien. Y también está el hecho de que se acuesta, ocasionalmente, con Logan Mercury, mi exnovio.

Diviso a Harriet sentada en las gradas de la tribuna, las mismas que se encuentran a los laterales del descomunal campo de fútbol.

—¡Tienes cien yardas para correr y te quedas ahí parado como un imbécil! ¡¿Qué diablos está mal contigo, Timberg?! ¡Corre, por el amor de Dios, corre! —exclama alguien a todo pulmón, gesticulando y gol- peando el aire con frenesí. Bill Shepard está en su elemento.

—Tú padre está en su hábitat —comenta Harriet en cuanto tomo asiento a su lado.

Hay más de media docena de cascos en el campo. Todos los jugado- res corren como si fueran galgos detrás de una liebre. No puedo evitar apreciar la vista, porque si hay una razón por la cual las mujeres vemos fútbol americano es por los ajustados pantalones y las nalgas de los deportistas.

—¡Quiero un partido improvisado, divídanse! ¡Y tú, Timberg, más vale que te muevas! —grita antes de tocar su silbato, el sonido es agudo y siento que en algún momento comenzaran a sangrarme los oídos—.
¡Si pretendes jugar a las estatuas, consíguete un museo! —le ladra al número dieciséis.

—Ahora, ¿puedes decirme cuál de todos es Malcom Beasley? —in- terroga mi amiga prendiendo el último botón de su chaqueta porque hace tanto frío que te cala los huesos.

—¿Cómo voy a saber cuál es? —replico y hago un ademán al cam- po—. Parecen todos hijos de la misma madre con esos uniformes, y son más de cincuenta.

—Conoces el trasero de la mayoría, así que emplea tus habilidades oculares y dime cuáles son las nuevas nalgas europeas.

Con un suspiro, deslizo mis ojos hacia el frente otra vez. Hace años descubrí que, aunque vistan completamente iguales, puedo distinguir a los jugadores por el contorno de sus glúteos. Es un talento que aprecio mucho ya que no soy capaz de recordar el número de cada jugador, y solo usan las camisetas con sus apellidos en los partidos oficiales. Al único al que puedo reconocer a simple vista, más allá de a Ben y a Cha- se que no me están dando la espalda, es a Logan Mercury y su maldito número siete.

Él y yo tuvimos una historia de lo más inusual. Todo comenzó cuan- do, en mi primer día de universidad, le choqué el coche. Era la primera vez que yo conducía el Jeep y el resultado no fue bueno. Le dejé una abolladura y un par de luces rotas con un coste de reparación de más de ciento veinte dólares. Él me exigió el dinero y yo se lo negué, justificán- dome con que él era la persona que había dejado su vehículo mal esta- cionado. Desde ese momento empezamos a discutir todos los días por lo mismo. En algún momento la guerra entre nosotros se transformó en algo más. Los meses siguientes fueron geniales, hasta que decidimos dar el primer paso en nuestro noviazgo y lo llevé a mi casa.

Error, gran error.

Bill Shepard, fiel a su papel de padre, lo intentó espantar con mira- das asesinas y comentarios viperinos y afilados. El problema —y pronto sabrás por qué fue un problema—, se originó cuando Logan mencionó su fanatismo por los Kansas City Chiefs.

Mi padre pasó de odiarlo a amarlo en cuestión de minutos, y la cena trascurrió de maravilla. Para ellos.

Se la pasaron hablando de fútbol mientras yo revolvía los espárragos en mi plato, muerta del aburrimiento. Lo dejé pasar, pero cuando lo mismo se repitió por las siguientes semanas fue demasiado para mí. Ninguna zorra, ni siquiera Sierra Montgomery, me había robado a mi novio. Fue mi padre. Bill Shepard me robó a mi novio, reitero.

Un día Logan me reveló que se había probado para el equipo de los Jaguars y que lo querían dentro. Y sí, desgraciadamente, el chico escogió el fútbol antes que a mí porque no podía tener a ambos y era consciente de eso.

Mi padre siempre me dijo por qué no podía tener ninguna relación con los miembros del equipo. Él me planteó que, como entrenador, quería lo mejor para sus jugadores. Dijo que no se trataba simplemente de fútbol. Jugar en la BCU era la oportunidad para conseguir una sólida y distinguida carrera deportiva para estos chicos, era el futuro de muchos. Otros jugaban porque era obligatorio cursar actividades ex- tracurriculares para ganar créditos, y hasta había algunos que eran be- cados y de esa forma podían pagar sus estudios. El fútbol no se reducía a pasar un balón, era mucho más que eso y Bill Shepard lo sabía.Pero, por otro lado, seguía siendo mi padre. Me explicó que, si alguno de estos chicos me rompía el corazón, lo echaría a patadas del equipo y no querría verlo ni en fotos. Aquello podría costarle el futuro a alguno, y él no quería mezclar lo profesional con lo personal por varios motivos. El principal es el que ya mencioné y el que le sigue es el hecho de que en verdad aprecia a los Jaguars y prácticamente los quiere como si fueran sus hijos. Un padre no puede elegir entre dos de sus retoños. Por eso existe una regla vigente que es una ley inquebrantable: está prohibido salir con la hija del entrenador.

En cuanto Logan Mercury tuvo que elegir, escogió el fútbol. Tras eso buscó un reemplazo en su cama y resultó ser mi odiosa compañera de clase: Sierra. Parte de mi desagrado hacia el fútbol tiene su origen ahí, en el momento en que el número siete me botó por un balón.

—No estás haciendo un buen trabajo en esto de encontrar al trasero europeo. —La voz de Harriet me saca de mi ensimismamiento—. Pero como gran abogada que algún día seré, creo que he encontrado al acusado de quebrantar la ley.

Entonces lo veo. Se acaba de sacar el casco y sacude la cabeza para apartar los mechones dorados que se adhieren a la piel de su sudorosa frente. Siento que voy a tener un paro cardíaco o un ataque de risa en cuanto toma una botella de agua y vierte el líquido sobre su cabeza. ¿Y este quién se cree que es? Es el cliché de película más grande que he visto y, a su vez, es una de las imágenes más gloriosas.

—Bendito sea el número veintisiete —murmura Harriet.

—Amén.